

GONZÁLEZ FARACO, Juan Carlos: *Il cavaliere errante. La poetica educativa di Don Chisciotte*, Milán, Franco Angeli, 2008, 130 pp.

Este ensayo del profesor Juan Carlos González Faraco fija su atención en las lecturas pedagógicas de que ha sido objeto *el Quijote* a lo largo de la historia y, singularmente, de la historia de la escuela española contemporánea. Pero, en realidad, su argumento va más allá, y presenta toda una reflexión sobre la lectura como experiencia educativa o como experiencia humana, en un sentido más general. Las ambiguas y complejas relaciones entre la pedagogía y la literatura, entre la educación y la poesía, entre la enseñanza y el arte son un permanente telón de fondo de esta obra, que se mueve en espacios epistemológicos e intelectuales fronterizos.

El texto del ensayo va precedido por una breve pero sugestiva presentación de Gabriel Janer Manila, quien en 2004 coordinó brillantemente el número especial con el que la *Revista de Educación* celebró el IV Centenario de la publicación de la obra de Cervantes, y en el que iba incluido un artículo del profesor Faraco, del que nace, en buena medida, el libro que nos ocupa. Tras esta presentación, aparece una interesantísima introducción crítica de la traductora del libro, la profesora italiana Anita Gramigna, bajo el título «Ermeneutica ed epistemologia educativa, fra sogno ed erranza».

La obra, que tiene una estructura profundamente narrativa, está dividida en cuatro capítulos. En el primero, el autor desarrolla su teoría de la lectura, o mejor dicho, de la pasión lectora, tomando como referencia —como no podía ser de otro modo— al personaje cervantino, al lector más apasionado de todos los tiempos. En el segundo, analiza con bastante detalle las múltiples interpretaciones y simbolismos que propició el *Quijote* a lo largo del siglo XX, principalmente en torno al tercer centenario (1905). En capítulo número tres el autor se ocupa de los modelos de lecturas pedagógicas más habituales de que ha sido objeto, mediante un análisis de diversos textos situados entre 1905 y 1925, aproximadamente. Por último, el capítulo cuarto propone un modelo de «lectura educativa», que el autor llama «antipedagógica», acogiendo a una expresión de Luis Santullano, al referirse a Rousseau. Deambulando constantemente por terrenos liminales entre literatura y educación, González Faraco recurre de vez en cuando a un brillante ensayo sobre Cervantes del poeta español Luis Cernuda, así como a otras fuentes literarias, filosóficas, históricas, además de las estrictamente pedagógicas. Siguiendo esta tónica, el autor establece un cierto paralelismo entre Cervantes y el escritor cubano Reinaldo Arenas. Un paralelismo que va más allá de la mera comparación entre vidas y obras, y con el que, sobre todo, se pone de relieve la trascendencia del *Quijote* y del espíritu quijotesco en la literatura y, en general, en la cultura contemporánea.

La permanencia de un clásico se revela, precisamente, en su capacidad para trascender tiempos y lecturas aparentemente consagradas, ofreciéndonos siempre nuevos motivos para acercarnos a él con otros ojos y sugiriéndonos nuevas posibilidades hermenéuticas para interrogarlo. En este sentido, el objetivo último de esta obra del profesor Faraco es tratar de alumbrar al lector un camino alternativo al de las taxonomías interpretativas fijadas por la tradición o la norma, animándolo a la construcción de un punto de vista autónomo, es decir, de una lectura propia, subjetiva.

Por ello, rechaza una aproximación al texto como objeto arqueológico o testimonio

histórico, denunciando, en primer lugar, la rigidez de cualquier perspectiva esquemática, y los clichés interpretativos a los que tanto se ha recurrido para analizar (valdría decir, descuartizar) el texto, pero tan ineficaces para su comprensión e interiorización profunda. Faraco advierte y cuestiona la distancia que así se crea entre texto, autor y lector, opacando la magia narrativa del relato, y arruinando con frecuencia el sentido unitario de la obra en su conjunto. Mediante el análisis comparado de diversos textos pedagógicos pone en evidencia las consecuencias de una tradición académica analítica y fragmentadora que, a lo largo del tiempo, ha fomentado lecturas con fines ideológicos, políticos y morales, dando lugar, entre otras cosas, a una abundante muestra de traducciones pedagógicas del *Quijote*, sobre todo en el último siglo.

El profesor Faraco, tras su minucioso estudio, se plantea si es posible aún una verdadera lectura educativa del *Quijote*, es decir, si es posible aún encontrar un espacio lo suficientemente amplio y abierto para el desarrollo de nuevas reflexiones y nuevos planteamientos metodológicos sobre esta obra tan pertinazmente diseccionada, catalogada y canonizada. Las ideas que el libro va dejando caer página a página se sitúan claramente a contracorriente de las normas de la teoría pedagógica convencional (con demasiada frecuencia sólo centrada en la mecánica propedéutica de los aprendizajes), para desembocar finalmente en la «lectura antipedagógica» a la que antes se ha hecho mención. Una lectura liberada del filtraje que imponen las interpretaciones definitivas, una lectura que permita al sujeto encararse con la obra de arte sin intermediaciones artificiosas.

El discurso crítico del autor se enfrenta, pues, con la praxis que ha marcado buena parte de las lecturas del *Quijote* a lo largo de casi todo el siglo XX, reaccionando contra la persistencia y el efecto simplificador de tantas reglas interpretativas funcionales usadas con fines didáctico-divulgativos, en las que se percibe un cierto mecanicismo en la atribución de sentido a los acontecimientos, a los personajes, a los símbolos. En este ensayo se advierte, en suma, la clara determinación de oponer a una pedagogía

de la prescripción una pedagogía del error, con la consecuente afirmación del valor positivo del desorden, de la singularidad y de la originalidad, como vías para leer y leerse a sí mismo dentro de una realidad diferente; una pedagogía que se funda, más que sobre la certeza, sobre la posibilidad, como horizonte y fuente de significado. Una pedagogía, en fin, recelosa de esa otra pedagogía del «deber ser» que se ha complacido y se complace en hacer de la disciplina del ejercicio y de la repetición su dogma máspreciado.

ANTONIO LUZÓN